



El Sombrero
de Beuys



JORGE ALONSO ZAPATA

CUERPOS AL ESTE DEL EDÉN

SOL ASTRID
GIRALDO E.

Cuando el artista Jorge Alonso Zapata instaló su estudio en la buhardilla del Hotel Tropical, encontró pintada en sus paredes la frase “Bienvenida Valentina”. Seguramente, especulamos sus visitantes, había vivido allí antes una pareja que recibió en este lugar del planeta a una niña que acababa de nacer. Sin duda, un refugio con pies de barro, una torre inclinada sobre el esplendor, la rudeza y complejidad de la calle Barbacoas, recodo sinuoso en donde Medellín ha arrojado sus más intensas contradicciones. Así es el observatorio en el que se instala Zapata para mirar no solo su ciudad, sino el mundo, la vida.

Hace más de una década viene registrando esta calle y sus alrededores en una crónica visual incisiva y paciente. En sus cuadros de apariencia naif, colores planos, contrastes chillones y figuras simples de bordes definidos, ha fraguado una atrevida taxonomía de lo inclasificable. Sin comentarios ni juicios, se despliegan allí los expulsados de la ciudad, perdidos y encontrados al Este de los relatos oficiales paisas: majas desnudos con pene, hamponcitos apuñalados en estallidos rojos, amores ambiguos que se compran y se venden. Derroche de cuerpos deseados y deseantes exhibiendo minifaldas, tacones y mallas, que nunca ingresarían a las sofisticadas pasarelas de

En sus cuadros de apariencia naif, colores planos, contrastes chillones y figuras simples de bordes definidos, ha fraguado una atrevida taxonomía de lo inclasificable. Sin comentarios ni juicios, se despliegan allí los expulsados de la ciudad, perdidos y encontrados al Este de los relatos oficiales paisas.

Colombiamoda. Allí comparten este espacio abigarrado con lisiados y amputados, perros basurriegos, vendedores de frutas, niños detrás de una pelota, adolescentes con morrales: viviendo unos al lado de los otros, en sus fricciones diarias, pero sin dramas ni moralejas.

Zapata, en quien persisten las maneras del investigador forense que fue, tiene una mirada limpia. Se ha conectado con esta zona desde una irrefutable empatía, a la que contribuye su técnica pictórica también afuera de la normatización de las academias. Esta forma que no se enreda con volúmenes, composiciones áureas ni perspectivas, le quita toda solemnidad a su visión. No mira desde afuera este paisaje, sino que se inmiscuye en él, como una equívoca planta más. Pero esta comunicación con su entorno solo puede entenderse a cabalidad cuando se camina junto a él por estas calles marginales, entre dos de los mojones más oficiales y monumentales de la ciudad: la serpiente de cemento y progreso que ha pretendido ser el metro y la Catedral Metropolitana.

Todo cielo necesita un infierno. Todo infierno nace de un cielo. La divina catedral tiene a sus pies ahora este averno vibrante: la calle Barbacoas, tan procaz que en estas afueras eclesiásticas osa tomar la forma de calzoncillo, nombre por el que también se le conoce. Es una refutación social y visual al orden sacro-político que quiso instaurar a principios del siglo xx una de las últimas construcciones románicas del mundo. El tiempo tomó su revancha y hoy, desde el atrio, se alcanzan a divisar las brasas de esta caldera urbana, habitada por los des-clasados y de-generados de la ciudad.

Por allí se mueve tranquilamente Zapata, como un cancerbero en bluyines. A su paso relajado saluda al “Gallero”, un personaje atractivo y maduro, con los ojos hundidos y la sonrisa de Anthony Hopkins, quien se internó en estos meandros hace muchos años para enterrar una pena y aquí se quedó con su calma casi oriental a



La calle del deseo

pesar del caos exterior. Después llegamos donde “Marina”, colega de la calle, quien pinta ciudades idílicas con sus dedos torcidos cuando consigue tubos de colores. Es una travesti de senos abundantes que le caen hasta la cintura. Se quedó varada en esta esquina no se sabe desde cuándo. Hoy pasa el tiempo recordando recuerdos verdaderos o falsos de andanzas por Italia que le dejaron palabras rimbombantes escupidas confusa y suavemente por su boca desdentada.

De aquí salen las vibrantes pinturas de Zapata, y por eso siempre están en tensión cuando son colgadas sobre las paredes impolutas de las galerías. La vida de esas calles, su fauna explosiva, su impertinencia, pugnan con el ambiente controlado del cubo blanco. Lo que adentro del marco es natural: un pedazo de selva urbana intrincada, un ecosistema vivo y orgánico, corre el peligro de ser congelado y exotizado por los códigos del arte. Sin embargo, este choque de mundos, a la vez, contamina la asepsia del recinto expositivo.

Así, en el centro de estas fuerzas contradictorias va quedando el espectador, convertido en *voyeur* y cómplice. Es que las pinturas de Zapata avivan combates internos, interpelan la pretendida normalidad sexual, racial, estética, urbana... hasta que lo otro ya no es tan claramente lo otro. Ni uno será uno sin preguntas.

Son múltiples los asaltos a los laberintos de la ciudad de Zapata. Estos se entroncan con una genealogía de lo marginal que podría remontarse a las grietas de Débora Arango, a los personajes oscurecidos de Óscar Jaramillo, a las prostitutas procaces de Lovaina de Javier Restrepo. Sin embargo, a pesar de su rudeza, el mundo de Zapata no es dramático como el de aquellos. Y esa es quizás una de sus principales características. El suyo es un universo vivo, leve, cambiante, donde las frutas tropicales conviven con cuchilladas traperas o los policías en moto con el brillo de uñas fucsia y escotes profundos. Individuos, sí, porque hay una intención de enfatizar la rica



Nuevos horizontes

variedad de cuerpos con piernas de menos o penes de más, las minucias de la moda callejera, la arqueología de la basura. Pero lo que termina predominando es un cuerpo colectivo que transcurre en un tiempo simultáneo.

El manejo de esta temporalidad es fundamental para lograr unas escenas, más que fotográficas, cinematográficas, donde varias acciones se yuxtaponen hasta crear momentos únicos e irrepetibles: un hombre es subido a un carro policial, una travesti atrapa a un cliente con sus caderas descomunales, un niño se chupa un helado, un chico se refleja sobre un charco. Es la calle densa, explosiva, viva. Es su espacio intrincado, es su tiempo insondable.

Es que la calle parece encarnar nuestros nuevos *Horizontes*, como lo ha declarado Zapata en una obra que hoy pertenece al Museo de Antioquia, donde emula el primordial cuadro de Francisco Cano realizado en 1913, como una declaración de principios sobre la antioqueñidad. En la versión contemporánea de Jorge Zapata de aquella mítica pintura hay una transgresión del formato que recuerda a Débora Arango cuando unía varios cartones para lograr una superficie de grandes dimensiones. Las medidas reducidas y comerciales del lienzo estándar parecieron no alcanzarle tampoco a Zapata para abarcar la multiplicidad y simultaneidad del mundo urbano.

En su *Horizontes*, en cambio, el futuro se achata. Ahora solo existe el presente, insistiendo en la afirmación del aquí y el ahora de toda la obra de Zapata. Ya no hay utopías, solo realidades. Los hijos de la matrona primordial del cuadro de Cano ahora se han reproducido y lo llenan todo. Los protagonistas de Zapata son los desplazados del campo. Sin embargo, aunque este desapareció, lo siguen llevando incrustado en sus cuerpos. En su nuevo hábitat urbano ya no usan el hacha mítica, sino las herramientas prosaicas de la supervivencia. No tumban montes porque su épica ahora es sobrevivir con lo mínimo. La tragedia le ha dado paso a la resiliencia. La familia ha explotado, también las adscripciones de género, los roles, las estructuras sociales y laborales: las mujeres trabajan duramente, los hombres se cuelgan carteras, los niños no descansan en un vientre protector, sino que esquivan los carros. El espacio no se sueña detrás de una montaña idílica, sino que, inexistente, se logra y se pierde en cada momento. Frente a la Historia y sus periodos heroicos, solo queda el instante, el espacio fragmentado. Muerte festiva y pragmática de la utopía.

Aunque según Aristóteles, una ciudad por definición está compuesta de personas diversas, estas diferencias siempre son percibidas como problemas. Los guetos son una respuesta a la dificultad que tenemos de estar unos al lado de otros.



ARRIBA. Gancho

ABAJO. Bien barato pa' que lleve

Y eso es Barbaocoas, un *apartheid* en la ciudad de las fronteras invisibles, pero también una recuperación del espacio para lo otro. Zapata se adentra en este carnaval de cuerpos diversos, ininteligibles, en cuya carne pelea lo no resuelto, lo que se calla, lo que no se acomoda. Cuerpos dislocados, descentrados y ambiguos. Cuerpos-preguntas, con sus provocaciones a las estéticas ortodoxas del macho traqueto y la mujer siliconuda como botín de guerra, a la lógica binaria, a los interdictos patriarcales, a los exilios capitalistas. Su obra combate todas estas discriminaciones poniendo el dedo en

la llaga de las políticas escritas y no escritas sobre las exclusiones visuales del sistema de imágenes y las corporales de una urbe excluyente, como la Medellín de sus obsesiones. ■

.....
Sol Astrid Giraldo E. (Colombia)

Filóloga con especialización en Lenguas Clásicas de la Universidad Nacional y magíster en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia. Investigadora, curadora y crítica de arte. Ha participado en proyectos editoriales y curatoriales para el Museo de Antioquia, el Museo de Arte Moderno y el Centro de Artes de la Universidad Eafit. Colaboradora de revistas nacionales y latinoamericanas. Autora de libros y catálogos de arte.